

## Advertencia<sup>1</sup>

Armando Chirveches, uno de los mejores novelistas de América y que en Bolivia comparte con Jaime Mendoza los favores del público, me hizo una vez el honor de invitarme a disputar con él un premio que ciertos editores de triste memoria señalaron para recompensar en concurso una novela nacional calificada por el Círculo de Bellas Artes.

—Yo solo iría si usted se presentase —me dijo frente a los amigos reunidos en su casa, y recordando que de tiempo atrás yo me jactaba de venir preparando una obra en el género en que Armando ha conseguido éxitos no superados todavía.

La fina invitación la tomé yo, ligeramente, como un reto; y acepté medirme con el inimitable autor de *La candidatura de Rojas*.

Y presenté al concurso de la casa González y Medina esta *Raza de bronce*, moldeada en un trabajo de la primera juventud; pero para que el jurado calificador no pudiera conocer al autor, me vi precisado a cambiar los nombres de dos principales personajes, algo difundidos merced a ese primer trabajo de la precoz adolescencia. Armando presentó *La virgen del lago*, y quedamos los dos a la ansiosa expectativa de los sucesos.

Una misión oficial me trajo ese mismo año de 1919 a Europa, y yo aproveché la coyuntura para retirar mi obra del concurso antes de que la conociese el jurado. Chirveches, al conocer mi huida, retiró también la suya, con gesto elegante; mas los editores no quisieron conformarse con nuestra actitud y adquirieron el derecho de la primera edición, abonándonos a cada uno el valor íntegro del apreciable premio.

Y apareció *Raza de bronce* en mi ausencia y tal como había sido presentada al concurso, es decir, con los nombres cambiados de dos de sus principales personajes. La edición, deplorable por sus condiciones tipográficas y sus errores, se agotó pronto en la tierra y *Raza de bronce* no fue conocida fuera, a no ser por muy contados amigos, muchos de los cuales no supieron callar sus elogios...

---

1 Advertencia de Arguedas a la edición de *Raza de Bronce* de 1923.

Hoy esos personajes vuelven a tomar sus primitivos nombres, genuinamente aimaras, y, cara desnuda, se lanzan otra vez a correr su aventura por el mundo...

Alcides Arguedas  
París, 1923

## Prólogo

Todavía recuerdo la honda impresión que me produjo la primera lectura de este libro de Alcides Arguedas. Fue, de una parte, la impresión que siempre nos causan las obras literarias “fuertes”, es decir, las que nos transmiten una imagen vigorosa, profundamente tallada en carne viva de una realidad humana, cualquiera que esta sea: las intimidades, tan despreciables e insignificantes para el mundo, de un corazón paternal, en *Papá Goriot*, o la grandiosidad épica del *Poema del Cid*. De otra parte, recibí en mi alma el choque de una de esas miserias sociales que a la vez indignan y aplanan, porque acusan la persistencia de un mal gravemente sufrido por hermanos nuestros, y nos rebajan con la comprobación de que aún no ha podido ser evitado por los hombres, no obstante todo el progreso moderno y a despecho de todas nuestras vanidades democráticas.

Y esto es, en resumen, la novela de Arguedas que ahora se reimprime en España con un texto depurado equivalente a una primera edición. No es poco, ciertamente.

La considerable producción novelística que desde fines del siglo XVI-II ha hecho de esa forma literaria el pasto intelectual más corriente de los lectores de libros (y de muchos de los lectores de periódicos, para quienes el folletín es lo primero), ha traído consigo, necesariamente, una desproporción grandísima entre el número y la calidad. En un mismo autor —cuando ha sido fecundo— la desigualdad es segura. Aun los que tienen garras de león, no siempre aciertan con un punto vivo, de esos que palpitan ante el escarpelo y duelen al menor roce, o nos dejan contemplar algún remanso de serena alegría y tranquilo goce del vivir. Así, en el atormentado producir de nuestros tiempos (tormento de problemas humanos que hacen vibrar las plumas, y también tormento de originalidad y novedad buscadas por todos los caminos, aun los más absurdos), solo de vez en cuando aparece una obra de esas que no se olvidan, porque causó en nuestra alma el efecto de un golpe brusco, productor de emociones profundas.

Arguedas ha acertado con ese golpe, y ha sido, a mi ver, porque no ha escrito su libro como literato que “busca” un asunto y lo prepara para causar determinado efecto, sino como historiador y como hombre de acción que ve

la realidad y de ella recibe un impulso de creación artística; y todavía más, tal vez, como patriota a quien los dolores y las deficiencias del vivir nacional hacen verter lágrimas de amargura que, como tantas otras veces, piden ser expresadas en forma que la emoción de que derivan se comunique a los demás hombres, ignorantes de aquel trozo de realidad amarga o no percatados de su gravedad.

El caciquismo social que pinta Arguedas expresa uno de los defectos más generales de nuestra vida presente en casi todos los países. Es más agudo, por causas fáciles de advertir, en naciones de economía elemental y donde existe una masa popular de raza distinta e inferior, educada secularmente en la obediencia y el servilismo. Contra él –y eso es lo más amargo de todo lo que revelan libros como este– nada han podido, como dije antes, todos nuestros esfuerzos por hacer reinar en el mundo la democracia y la justicia. Las leyes han proclamado los principios que a ese anhelo corresponden; pero los hombres han continuado viviendo en la doble miseria de su condición antigua, unos; de su mezquino y anticristiano corazón, otros.

Es dolorosa esa comprobación según la cual, en tantos pueblos de la tierra, el indio (o quien equivalga al indio) no ha ganado casi nada con la libertad y la vida política moderna de los hombres superiores. Todavía, por el contrario, hay miles de estos en cuya mentalidad el valor de un prójimo de color y cráneo diferente al suyo es poco menos que nulo, en todo lo que no sea aprovecharlo como elemento de ganancia; y para vergüenza de nuestros tiempos, es problema hoy, que seriamente y con apariencias científicas plantean algunos, el de si es posible civilizar (a nuestra manera) a esas gentes extrañas, y de no serlo, si gana algo la humanidad conservándolas en el seno de una sociedad que lleva otros rumbos. Es vergüenza, digo, porque una de dos: o el problema tiene solución en un sentido humano (y entonces no dársele es dureza de alma y egoísmo repugnante), o si no la tiene, hay que llorar sobre esta triste condición nuestra que no “sabe” mejorar a todos los seres de su especie o que se estrella ante límites infranqueables de la posibilidad espiritual en grandes masas de prójimos.

Arguedas no da solución, porque en este libro no es más, en cuanto a la forma, que el literato creador de una imagen de realidad vista y sentida. Esa realidad muéstrase igualmente inepta en los explotadores que en los explotados, y por ello ambos no conocen más que un solo e ineficaz camino: el de la violencia. Pero la visión de inhumanidad y de sangre que Arguedas nos ofrece hace pensar necesariamente en aquella política de tutela perpetua del indio que fue la substancia de todo nuestro pensamiento colonial, y en la posibilidad que descubre de un término medio entre la quizá imposible asimilación al tipo de vida occidental blanca, y el abandono total o la destrucción de los inasimilables. No se percibe ningún argumento serio contra

la estimación de que, aun siendo absolutamente cierta e invencible la inadap-tación de ciertas razas no blancas a la civilización que los blancos han creado, sea menospreciable e ineficaz otra civilización adaptada a las condiciones de aquellas sin violentarlas ni arrancarlas de su cauce natural haciendo que sir- van a la humanidad (y en primer término a sí mismas) conforme a sus propias condiciones, y sin añadir a estas más que aquellas cosas de nuestra modalidad que por ser profundamente humanas, son comunes a todas las razas y pueden ser entendidas y vividas por todos los hombres.

Pero en el drama que Arguedas pinta aquí hay no solo este problema de relación de razas, sino un ejemplo más –entre tantos conocidos– de ex- plotación de los inferiores por los superiores, de los pobres por los ricos, y consiguientemente, un episodio también de la lucha social que ha producido en los siglos pasados tantas lágrimas y tanta sangre de los de abajo, y ahora se venga (con igual comprensión del verdadero camino) haciéndolas verter a los de arriba. Y lo interesante es, por tratarse de una obra literaria, que, véase como se vea la realidad inspiradora, produce el mismo efecto de vibración espiritual en el lector de este libro.

Que ese efecto procede de las condiciones de visión artística y de expre- sión literaria (estilo y técnica de presentación escénica) que Arguedas posee, nos lo demuestra el hecho de encontrar las mismas cualidades en las páginas de la novela donde no es visible el drama social. El mismo vigor, la misma capacidad plástica, igual sentido poético de la Naturaleza hallamos en todo el libro. El viaje de los labriegos de la meseta a los llanos bajos, con sus penalidades de todo género y sus contrastes de grupos sociales diferentes: la implacable y épica fatalidad de las inundaciones torrenciales, que ponen infranqueable valla a la comunicación entre las regiones y cada año cobran su tributo de vidas sin que nadie piense en vencer el obstáculo, ni quizá crea que está el hacerlo en las posibilidades humanas; el espectáculo del lago, la pre- caria vida de los pescadores y su melancólica resignación ante las invencibles leyes naturales; la solemnidad y poderío de la montaña y de sus aves semidio- sas: todo lo que es paisaje y choque de vida humana con vida de Naturaleza tiene en la pluma de Arguedas una expresión fuerte e íntimamente emocio- nada, que deja en los lectores huella imborrable. Es *Raza de bronce* libro de los que se vuelven a leer; y nada mejor creo que puede decirse de un libro.

A lo cual añado que quienes apetezcan recibir a través de la literatura una impresión de vida y paisaje sudamericanos distinta de la que constituye un tó- pico vulgar en las gentes (y son muchas) para las cuales toda América es una misma cosa, podrán satisfacer su deseo en este libro. En él se conserva todo el sabor regional puro y sin mezcla de postizos refinados que, por exceso de “civilización” y de “urbanismo” exótico, tanto daño suelen hacer a la fresca y espontánea manifestación del espíritu de aquellos países hermanos nuestros:

espíritu más cercano de nuestra gran literatura del siglo XVI que de muchas exquisiteces modernas, no obstante la acción persistente de influencias extrañas.

Rafael Altamira  
Junio 1923

## Criterio de esta edición<sup>2</sup>

Esta edición de Biblioteca Ayacucho está basada en la que publicara Alcides Arguedas en el año de mil novecientos cuarenta y cinco, la cual estuvo acompañada de una Advertencia, escrita por el autor y donde refiere las características de las ediciones que la precedieron. Esa versión, publicada en Buenos Aires, se considera la definitiva y ha sido reproducida en ediciones posteriores.

B. A.

## Advertencia

La primera edición de este libro apareció en mi tierra, hace veinticinco años, en 1919 y en momentos en que una misión diplomática me alejaba de ella sin darme lugar a corregir las pruebas. Los impresores descuidaron este detalle y la mala presentación del libro arrancó un grito de indignada pena a un autorizado crítico oriental: “Lástima que obra de tan consciente labor no haya tenido la corrección que merecía y duele que obra tan noble haya sido impresa con tanto descuido” —escribió don Juan Antonio Zubillaga.

La segunda edición, con prólogo de D. Rafael Altamira, no fue más afortunada. La hizo en 1923 un popular editor valenciano a instancias del propio prologuista, y el libro volvió a aparecer, modesta y oscuramente, en papel de periódico, con tipo minúsculo y ceñido, con ordinaria presentación, como libro paria hecho por favor y condenado de antemano a pudrirse en el más recóndito sitio de los sótanos editoriales.

Naturalmente el libro no tuvo lectores y contados fueron los que, venciendo sabe Dios qué suerte de repugnancias, pusieron los ojos en él. Algunos se dejaron ganar, sin embargo. Y Gabriel Alomar, ilustre comentarista de *Don Quijote*, escribió un cálido elogio del libro en un lunes del entonces famoso Imparcial de Madrid. Poco después, otro ilustre profesor de literatura espa-

---

2 Las siguientes reproducciones son de la edición de *Raza de bronce* de 1945.

ñola en la Sorbona, don Ernesto Martinenche, publicó un breve y caluroso comentario en una conocida revista de París y le dedicaron sendos artículos el profesor Buylla, el escritor Díez Canedo y el penetrante crítico peruano Luis Velasco Aragón, entre otros.

Entonces un periódico semanal de la incomparable urbe latina, hecho por y para suramericanos, quiso ocupar su folletín con esta *Raza de bronce* y encomendó su versión al francés a un joven escritor mexicano que se entregó con fervor a la tarea, acaso porque en el libro se describe la vida de una raza autóctona emparentada con la que predomina en su gran país. Y el mozo, al volver a su tierra para disfrutar de unas cortas vacaciones, desapareció envuelto quién sabe en qué torbellino y largas semanas quedaron los lectores pendientes de las andanzas de mis monigotes. Al fin se cansaron de esperar y reclamaron. Entonces la dirección confió la traducción de los dos o tres capítulos finales a otro menos hábil o menos entusiasta que el mozo mexicano, y pudieron los lectores hispanos de París enterarse de la suerte y del destino de mis personajes.

Esos folletines, cuidadosamente coleccionados por manos amorosas en un volumen especial, me fueron pedidos más tarde por un gran escritor bilingüe y buen amigo mío, Max Daireaux, para confiarlos a un editor de París; pero entonces sobrevino la tragedia de la gran Francia inmortal y ya no supe más de mis folletines...

Entretanto, y posteriormente a la aparición de *Raza de bronce*, otros libros se han publicado en nuestra América, desde *La vorágine* de José Eustasio Rivera hasta el último de Ciro Alegría, libros que han alcanzado merecida fortuna y ruedan hoy con algún estruendo por el mundo.

Muchos estudios también han aparecido en América, serios, meditados y hechos algunos por profesores de literatura en conocidas y renombradas universidades de Europa y Estados Unidos, y en ninguno he leído nada sobre esta *Raza de bronce* que, no por méritos literarios, ciertamente, sino por su ubicación en el tiempo y por el tema, tiene algún derecho para figurar en libros donde se habla de literatura americana, y ese silencio de críticos, eruditos y profesores es prueba concluyente de que el libro se ha podrido –cual me imaginaba–, en los sótanos del despreocupado editor valenciano...

Ojalá esta nueva edición le traiga suerte al libro que, debo confesarlo, no ha sido escrito en tres meses, ni en tres años siquiera. Ocupó los mejores momentos de una vida, aquellos en que todo hombre de letras cree que ha nacido para algo muy serio y el escritor de tierras interiores y donde la pluma es lujo que no sustenta, tiene la candidez de imaginarse que puede producir algo que, por lo menos, tenga alguna duración en el tiempo...

Alcides Arguedas  
Buenos Aires, diciembre de 1944

Nota:<sup>3</sup> Este libro ha debido en más de veinte años obrar lentamente en la conciencia nacional, porque de entonces a esta parte y sobre todo en estos últimos tiempos, muchos han sido los afanes de los poderes públicos para dictar leyes protectoras del indio, así como muchos son los terratenientes que han introducido maquinaria agrícola para la labor de sus campos, abolido la prestación gratuita de ciertos servicios y levantado escuelas en sus fundos.

Un congreso indígena tenido en mayo de este año 1945 y prohiado por el gobierno ha adoptado resoluciones de tal naturaleza que el paria de ayer va en camino de convertirse en señor de mañana...

Los cuadros y las escenas aquí descriptos, tomados todos de la verídica realidad del ayer, difícilmente podrían reproducirse hoy día, salvo en detalles de pequeña importancia. Y es justo decirlo.

---

3 La Nota, escrita por Arguedas, se encuentra al final de la novela.





Imagen 1: Tapa de la primera edición de Raza de bronce (1919). Casa editorial Gonzáles y Medina.  
Colección El siglo ilustrado.

Fuente: Archivo de la familia Ackermann-Arguedas.



Imagen 2: Foto de Alcides Arguedas de L. Matth  s, París (s.f.)  
Fuente: Archivo de la familia Ackermann-Arguedas.

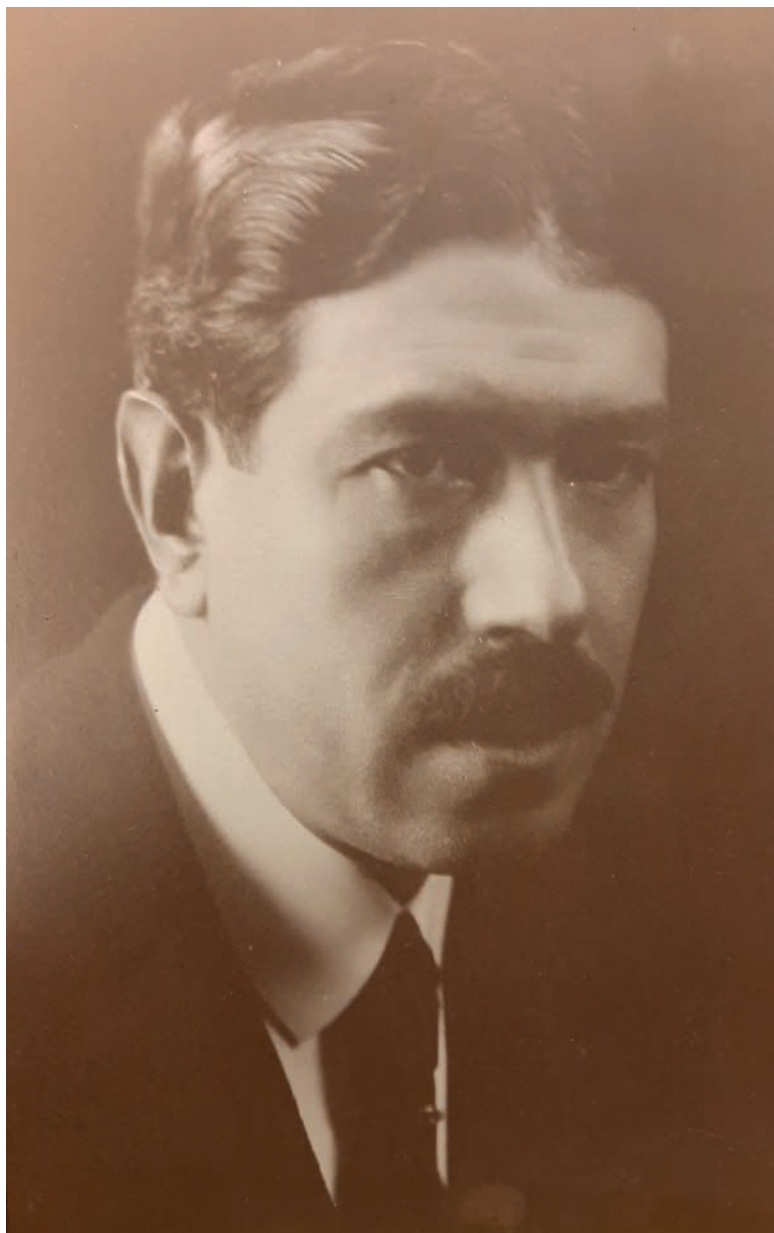


Imagen 3: Foto de Alcides Arguedas (s.f.).  
Fuente: Archivo de la familia Ackermann-Arguedas.

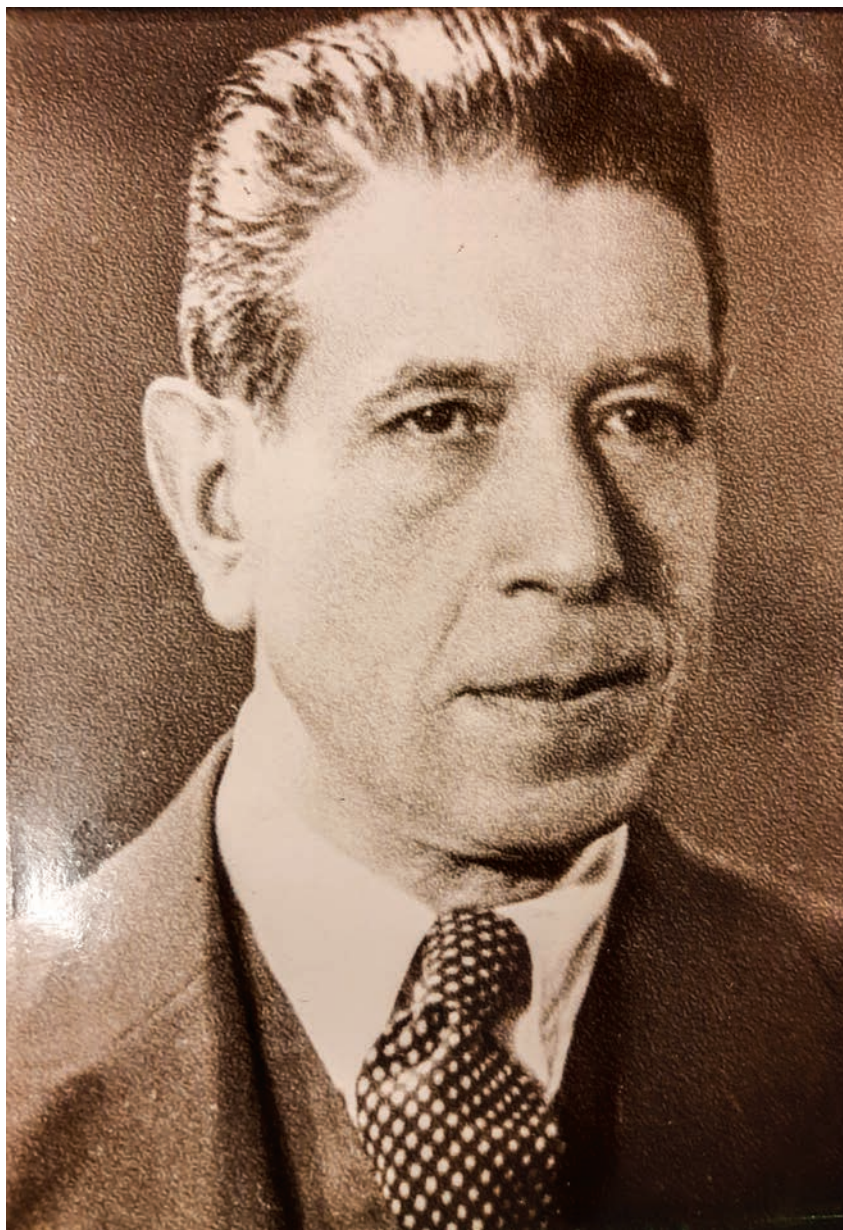


Imagen 4: Foto de Alcides Arguedas (s.f.).  
Fuente: Archivo de la familia Ackermann-Arguedas.



Imagen 5: Retrato de Alcides Arguedas, de Gil Coimbra (1939).  
Fuente: Archivo de la familia Ackermann-Arguedas.

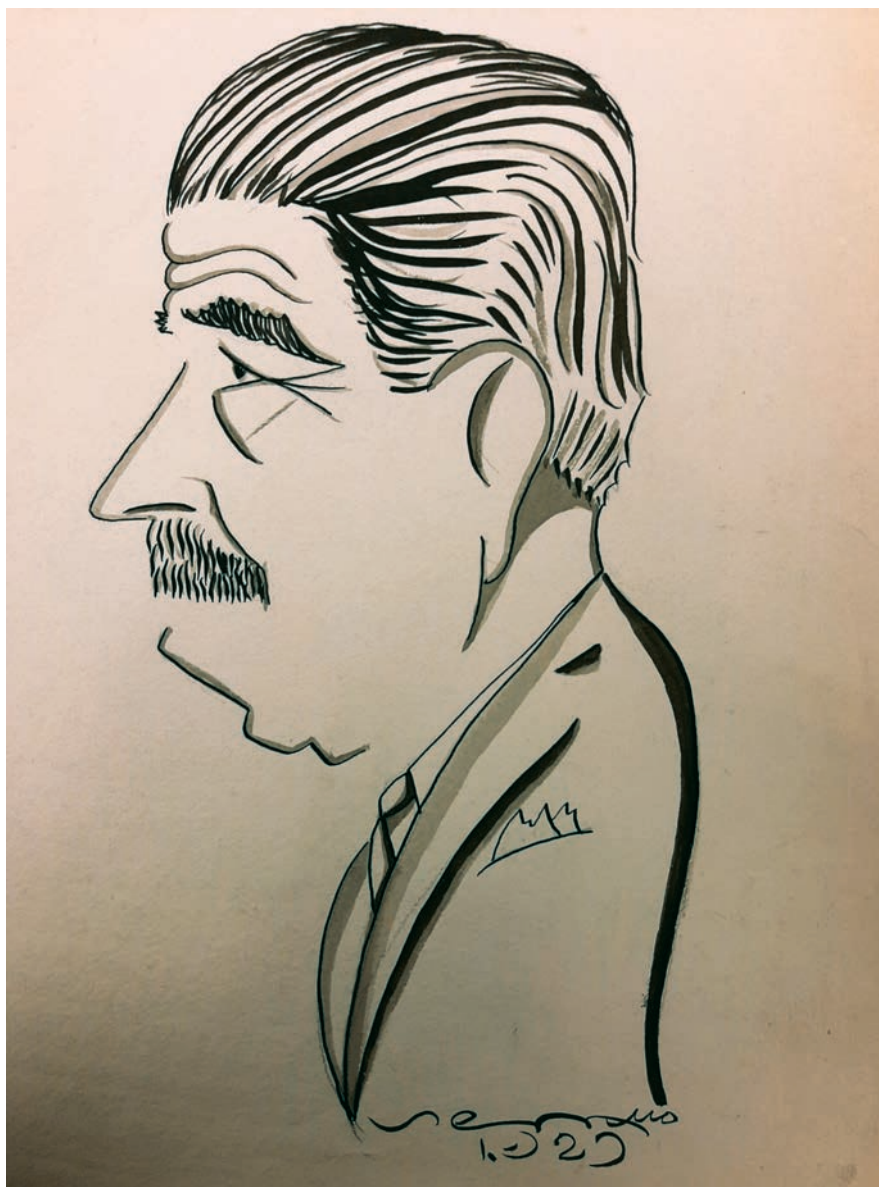


Imagen 6: Caricatura de Alcides Arguedas, de Serrano (1929).  
Fuente: Archivo de la familia Ackermann-Arguedas.

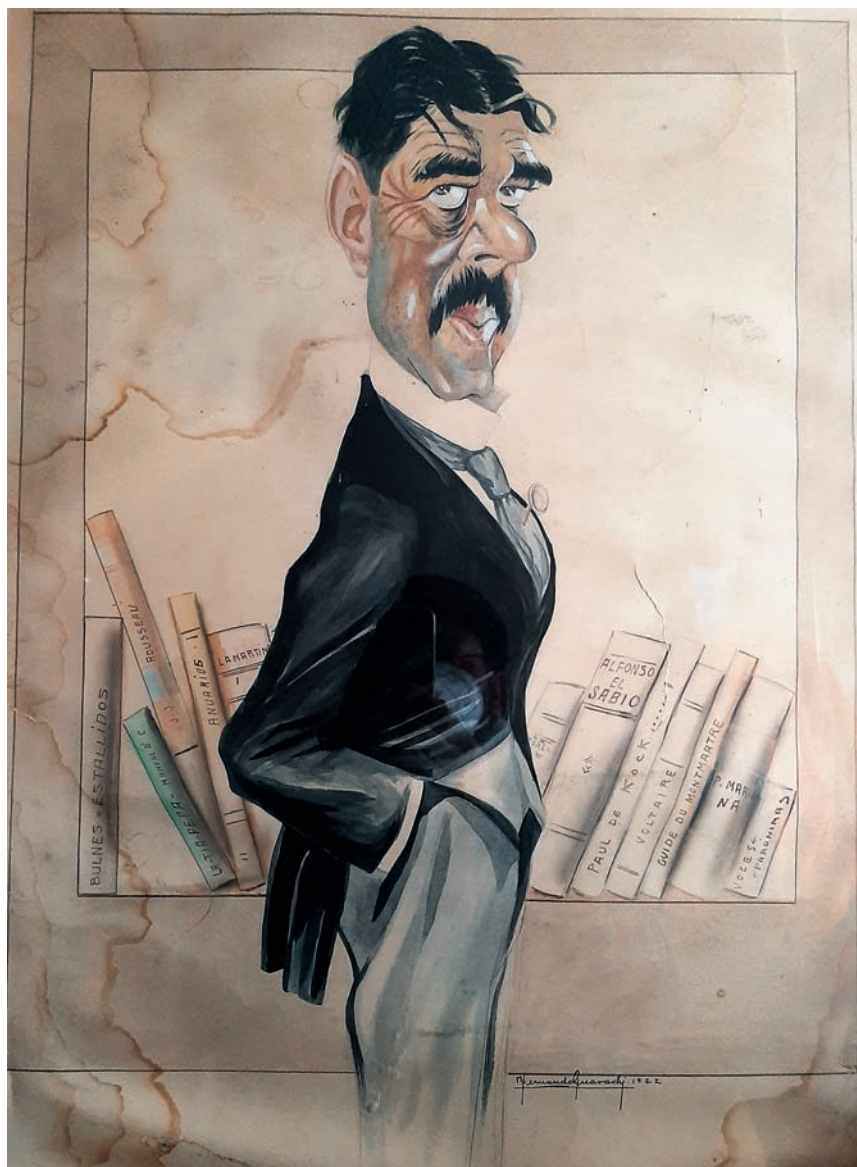


Imagen 7: Caricatura de Alcides Arguedas por Fernando Guarachi (s.f.).  
Fuente: Archivo de la familia Ackermann-Arguedas.



Imagen 8: Foto de doña Laura de Arguedas, esposa de Alcides Arguedas, y sus dos hijas mayores: Ivette y Estela. Corresponde a la página social bogotana Cromos y fue tomada en ocasión de su despedida como Ministro plenipotenciario de Bolivia (1930).  
Fuente: Archivo de la familia Ackermann-Arguedas.

*Ningún adorno mejor para las páginas de nuestra revista que el bellissimo grupo que el lector contempla, y en el cual aparecen la clarísima señora doña Laura de Arguedas, esposa del señor don Alcides Arguedas, ministro plenipotenciario de Bolivia ante el gobierno de Colombia, y sus dos hijas mayores, las señoritas Ivette y Estela. Encantadora pareja en que se aúnan, en brillante consorcio, el donaire y la hermosura. El señor Arguedas va a abandonar nuestro país tras un año de residencia en él. Y al partir deja imborrable huella de simpatía y altísimo aprecio en la high life bogotana, la cual le ha acogido y agasajado como sabe hacerlo siempre con los huéspedes ilustres que llegan a nuestro país. La personalidad del señor Arguedas ofrece más de una faceta. Interesante diplomático distinguido, hombre de letras de altísimos quilates y jefe de un hogar dichoso y ejemplar, es seguramente una de las figuras más destacadas del cuerpo diplomático residente en nuestra capital. Por eso la nueva de su partida ha sido recibida con pesar por la alta sociedad bogotana, entre la cual perdurará por mucho tiempo el recuerdo de tan eximio huésped. «Cromos» se honra publicando el grupo que campea en esta página, como un homenaje al disertado intelectual y diplomático boliviano.*



Imagen 9: Foto del pasaporte de Alcides Arguedas con su familia (1922).

Fuente: Archivo de la familia Ackermann- Arguedas.

REPUBLICA DE BOLIVIA  
REGISTRO CIVICO ✓

|                                      |                                                                   |
|--------------------------------------|-------------------------------------------------------------------|
| Departamento de <u>La Paz</u>        | Nombre <u>Alcides Arguedas</u>                                    |
| Distrito electoral de <u>Capital</u> | Nació en <u>La Paz</u>                                            |
| Registro No. <u>uno</u>              | Reside en <u>La Paz</u>                                           |
| Partida No. <u>38</u>                | Edad <u>60</u> Estado <u>viudo</u>                                |
| Folio del Registro No. <u>10</u>     | Profesión <u>Publicista</u>                                       |
| Fecha <u>25 OCT 1939</u>             | Renta <u>20.000 anual</u>                                         |
|                                      | Cédula de Identidad No. _____                                     |
|                                      | Señales particulares <u>lunares po-</u><br><u>moles izquierda</u> |
|                                      | Firma del Inscrito.<br><u>A. Arguedas</u>                         |

Notario Edmundo Espejo P.  
LA PAZ, BOLIVIA

Imagen 10: Libreta de inscripción en el Registro Cívico. Se puede advertir la firma de Arguedas (1939)  
Fuente: Archivo de la familia Ackermann- Arguedas.



Imagen 11: Las novelas de Arguedas cuidadosamente empastadas en la biblioteca familiar, destaca la edición de su obra completa publicada por la editorial Aguilar (1959).  
Fuente: Archivo de la familia Ackermann- Arguedas.